

— Deseamos — añadió el alcalde — ver en qué está respecto á la boda; y si está en ello, lo mejor será que los unamos cuanto ántes, porque, Bruno, mi Celeste se nos muere si Lorenzo la deja.

Aquí fué la voz de Juan María la que se volvió sorda y ahogada.

— ¡Qué dices! ¿está mala Celeste? — preguntó *el rico*.

— ¡Muy mala! — respondió el alcalde, en tanto que Joaquina sollozaba — ¡muy mala! Ayer, despues del desaire que le hizo Lorenzo, cuando volvía contigo de la cárcel, le dió una lloradera terrible: de lo que se sofocó, se le levantó calentura y despues cayó en una congoja que no le pasa, y parece muérta: por consejo del señor cura, venimos á hablar á Lorenzo, porque si se vuelve atras..... entónces..... ¡ay, Dios mio! de pensarlo se me eriza el pelo.

En efecto, Juan María temblaba como un calenturiento ante la idea de perder á su hija.

— ¿Volverse atras? — exclamó Bruno con indignación; — ¡á eso podríamos llegar! Juan María, tú mismo lo has dicho: Lorenzo no es un mal hombre, y sólo un mal hombre podría hacer eso: voy á buscarle.

Bruno salió, y Joaquina dijo á su marido:

— Yo no sabía si nombrarle á esa señora forastera para que viera que tenemos miedo con razon de que no cumpla su palabra.

— No hay para qué — repuso gravemente el alcalde, que ya se habia repuesto de su emocion; — pueden ser habladoras y chismes de esa criada, como dice el señor

cura, y no hay para qué dar á Bruno una desazon: ahora verémos, porque ya los oigo acercarse.

En efecto, se oían los pasos de Bruno y de su hijo que subían la escalera, y un instante despues entraron en la habitacion donde se hallaban Juan María y su mujer, cuyos corazones palpitaban aceleradamente al pensar en que se iba á decidir la suerte de su hija, de su adorada Celeste.

XV.

SENTENCIA DE MUERTE.

El hermoso semblante de Lorenzo presentaba una mezcla extraña y odiosa de cólera y de burla.

El contacto con la cortesana le habia maleado de tal modo, que todo instinto de justicia, de equidad y de buen parecer habia desaparecido de su alma.

— Buenos días — dijo con el aire que podría emplear un gran señor al dar audiencia al ayuda de cámara que hubiera despedido por haberle robado; — mi padre me ha dicho que VV. querían hablarme, y aquí estoy.

— Sí, hijo, queremos hablarte — dijo Joaquina, que era siempre la que tomaba la iniciativa, pero que se sentía trémula y turbada al ver la expresion del semblante del jóven; — queremos hablarte, y sobre todo yo.....

— Pues ya puede V. empezar lo que tenga que decirme — repuso Lorenzo con tono brusco é impaciente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Pues, hijo mío, lo primero que deseo—prosiguió la pobre madre, cuya voz temblaba— es que me perdones mis malos modos de anteanoche..... tengo un genio tan pronto, y tan.....

—Adelante; ¿qué más quiere V.? — volvió á interrumpir Lorenzo.

—Quiero además decirte..... que Celeste..... está muy mala á causa del desaire que le hiciste ayer.....

—Señora Joaquina — respondió Lorenzo — ayer, al entrar en la cárcel, pregunté á su marido de V. si pensaba que áun me podría yo casar con su hija, y no me respondió: ¿es esto cierto, señor alcalde?

—Sí, es verdad — respondió Juan María, que ya ardía en cólera; — me preguntaste eso, y yo no quise responder.

—Mal hecho — dijo Lorenzo; — cuando uno es preguntado, debe responder siempre: si entónces me hubiera V. contestado, no estarían VV. aquí ahora hablándome de una cosa que me enoja: para acabar pronto, les diré que no quiero casarme con Celeste.

—¡Lorenzo! — gritó con voz terrible Bruno; — qué es esto? ¿te has vuelto loco?

—Padre — respondió Lorenzo mirando á *el rico* con insolencia; — estoy muy cuerdo: no quiero casarme con Celeste.

—¿Así faltas á tu palabra?

—¡Qué quiere V.! Si habíamos de cumplir todas las palabras que se dan, ¡frescos estábamos!

—No nos enojemos, por la Virgen Santísima — dijo Joaquina, al ver que Bruno y Juan María se iban po-

niendo de color de púrpura — y hablemos en razon. Lorenzo, dinos siquiera los motivos que tienes para darnos semejante feo. ¿Qué dirán de nosotros? ¡Vamos, dinos, por Dios, ¡qué motivo hay para que desprecies así á mi hija! ¿Tienes algo que decir de ella? ¿Ha hecho alguna cosa que te haya desagradado? ¡Habla, hombre, que hablando se entiende la gente!

—No me ha hecho nada Celeste — respondió Lorenzo; — es demasiado tonta para eso.

—¡Tonta, si te da á tí quince y falta! — gritó Joaquina, herida en su orgullo maternal.

Luégo, dominándose con un esfuerzo heroico para no enojar á Lorenzo, añadió:

—¡Si nos echa á todos la pierna encima! ¡Si tiene una labia y un saber! ¡Si dice el señor cura que tiene más talento que todo el pueblo junto! ¡Si podía gobernar un reino con haber estudiado un poco!

—Cállate ya, mujer — dijo Juan María — y deja que ahora hable yo.

—¡No, no, déjame á mí! — dijo la desgraciada madre, que temblaba ante la cólera de los hombres; — yo lo arreglaré; Lorenzo me dirá.....

—He dicho que voy á hablar yo — repitió el alcalde con voz terrible.

Joaquina no volvió á decir una palabra, y sólo se oyó salir de sus labios un profundo suspiro.

Luégo levantó los ojos al cielo y pareció que rezaba.

Juan María fijó en Lorenzo una mirada firme, y éste tomó al instante su aire militar, ó de perdonavidas, que aumentó la cólera del alcalde.

— Dí, y pronto, si no tienes otros motivos para despreciar á mi hija que el hallarla tonta — dijo con voz terrible.

— Ann tengo otro — respondió Lorenzo, con aire de desafio, metiendo las dos manos en los bolsillos de su pantalon y columpiándose en la silla.

— Dilo al momento — repuso el alcalde.

— Allá va: no quiero casarme con la hija de un hombre que me ha metido en la cárcel.

— ¿No hay más motivos?

— No hay más.

— Y yo te digo que mientes — gritó Juan María con una cólera que tenía algo de majestuosa; — sí, mientes; ¡no te casas con mi hija porque galanteas á otra mujer!

El alcalde se habia levantado, al decir estas palabras, y habia lanzado aquella acusacion, que él creia formidable, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Lorenzo no se levantó, ni dejó de mecerse, contentándose con reir con insolencia de la actitud solemne del padre de Celeste.

— ¡Á otra mujer! — repitió Bruno. — ¿Y qué mujer es ésa, Lorenzo?

— ¿Qué mujer? — exclamó Juan María; — ésa que nos ha recomendado el señor Marqués; esa señora que vino á caballo; ésa que, segun ha contado su camarera, ó criada, ó lo que sea, engañada tambien por tu hijo, es una perdida á quien mantiene hoy uno y mañana otro.

Bruno quedó estupefacto: luégo que volvió un poco de su sorpresa dijo al alcalde:

— ¡Juan María, tú estás loco! ¿no es verdad, hijo, que está loco?

— No por cierto — respondió Lorenzo; — dice la verdad.

— ¿Como no lo niegas? ¿Has podido pensar en esa locura? ¿No oyes lo que dice Juan María? ¡que es una mujer sin honor!

— Tambien es cierto — respondió el jóven con una especie de orgullo feroz.

— ¿Y qué piensas hacer siguiendo en esas relaciones? — preguntó Bruno, que apenas podia creer á sus oídos.

— ¿Qué haré? — respondió Lorenzo; — eso desearia yo saber, y no puedo atinarlo: haré lo que ella quiera, porque no tengo más voluntad que la suya.

— ¿Pero dónde has conocido á esa mujer?

— La he conocido aquí.

— ¡Aquí! ¡pues si apenas hace cinco dias que llegó!

— Cuatro, padre — respondió Lorenzo, que sentia una especie de gozo feroz en hacer alarde de su amor por Enriqueta delante del alcalde, para que el dolor del pobre padre le vengase del insulto que habia recibido.

— ¿Y cuatro dias bastan para olvidar á una mujer y querer á otra, y más cuando la que se olvida es honrada y la otra no lo es?

— No sé si otro cualquiera encontraria ese tiempo corto — repuso Lorenzo; — para mí sé decir que ha sobrado, porque al dia siguiente de verla la queria como hoy.

Bruno miró á su hijo con la misma estupefaccion que si de pronto le hubiera hallado demente sin saber nada

de su mal. Juan María, por el contrario, sentía que á cada instante fermentaba mayor cantidad de cólera en su pecho, y no pudo contenerse sin decir á su amigo con una especie de amargo enojo:

—¿No comprendes lo que puede resultar de todo esto, Bruno, ó es que de repente te has vuelto tonto?

Bruno le miró sin contestar; el dolor, la sorpresa, le tenían como un sonámbulo.

Su amigo le sacudió del brazo, y repitió más alto:

—¿No entiendes esto?

—¡No!—respondió Bruno, desmintiendo sus palabras con el temblor de su voz.

—Pues mira—continuó el alcalde—voy á explicártelo: esa mujer, como yo te he dicho, y tu hijo no niega, es una pérdida; hasta ahora, como en nuestro lugar ni en todos los de alrededor, las mujeres sólo están mantenidas por sus padres y sus maridos, no sabía yo que hubiera mujeres que se dejan mantener por cualquiera..... pero, supuesto que las hay, y que esa buena pieza es una de ellas, mira lo que va á pasar: á tí te llamamos por acá *el rico*; ella lo debe saber desde el día que llegó, y querrá gastar tu dinero, que tu hijo te robará con ese fin

—¡Juan María!—gritó Bruno, que salió de su estupor al oír la palabra *robo*, más terrible que la de *asesinato* para los oídos de los pacíficos aldeanos.

—Digo—repitió Juan María con una calma terrible—que tu hijo te robará, te dejará pobre, y se gastará con esa mujer lo que tú has juntado con tantos sudores; y esa mujer, despues que le haya dejado en la

calle, le despedirá como á un criado. Ea, vamos, mujer, nada tenemos ya que hacer aquí.

Salió el alcalde, y su mujer le siguió con paso lento y aire lúgubre, volviendo á su casa sin que ni uno ni otro pronunciasen ni una sola palabra.

—¿Qué hay?—preguntó el señor cura al verles entrar.

Juan María meció la cabeza con amargura, y Joaquina rompió á llorar.

—¿No hay, pues, esperanza en Lorenzo?

—Ninguna, señor cura.

—Me lo temia, porque esas mujeres desecan el alma más buena y más generosa; pero era preciso probar todos los medios: no importa, ya habeis cumplido con vuestro deber para salvar á vuestra hija; ahora, poned toda vuestra confianza en Dios, que consuela siempre á los affigidos!

XVI.

EL ANGEL CAMINA Á SU PATRIA.

Han pasado algunos dias.

Celeste, sentada al lado de su madre, tejia una media de lana sin pié, de las llamadas calcillas, para Juan María.

Madre é hija se hallaban sentadas en el patio pequeño

y fresco y no sentían nada el calor de aquella mañana de Agosto, que era por cierto bastante fuerte.

El piso del patio era de tierra, húmeda y fresca á la sazón, por haberlo regado Joaquina desde muy temprano.

Á la izquierda, y entre las junturas de las piedras que formaban la pared, brotaba una gran zarza verde y jugosa, que daba abundante cosecha de negro fruto, pero que esquilaba Marianillo con una afición y una actividad prodigiosas. Jamás se dejaban ver juntas una docena de moras del todo negras; pero los pequeños dientes de Mariano podían decir las que trituraban cada mañana, ántes de levantarse nadie, acompañadas de un pedazo de pan sabroso y amarillo, amasado por la diestra mano de su madre.

En otro rincón había una grande y frondosa mata de reseda, visitada muy á menudo por las lagartijas, que, en busca del fresco, no dejaban de correr por la pared, bajando y subiendo con eternas carreras.

Además de los dos arbustos, nacían hierbecillas á lo largo de la pared: un día quiso Mariano arrancarlas; pero apenas había empezado á poner por obra su pensamiento, sintió por detrás un vigoroso puntapié.

Tan conocida tenía aquella corrección, que no tuvo que volverse para adivinar de dónde venía.

—¡Mandria!—gritó Perico—¿no tienes otro quehacer?

—¡Esto estorba aquí!—murmuró el muchacho confuso.

—¿Que te estorba á tí, eh? Pues si es así, te aguantas, porque no me da la gana de que las arranques; ¿no

ves que acompañan á madre y á Celeste cuando están aquí? Y además, ¿te alegraría á tí que te cogiesen de los cabellos, y te sacasen del pueblo, y te echasen á un estercolero? Pues el *pueblo* de esas pobres plantas, que á nadie hacen daño, es este patio, y no hay para qué las mates.

—¿Quién te ha enseñado á discurrir así, Pedro?—preguntó detrás de los dos muchachos la voz grave y dulce del señor cura.

—¡Toma, á mí, *naide*!—respondió Perico volviéndose confuso;—sólo que á mí me *paice* que, cuando las hierbas crecen, hay *drento* de ellas algo que las hace vivir y medrar, ¿verdad?

—¡Sin duda hay en ellas una savia, como en nosotros hay sangre y vida natural!

—*Pus habiendo* vida, han de sentir dolor cuando las pisan y han de morir si las arrancan; ¿y por qué se las ha de hacer mal cuando ellas alegran la vista, y con *naide* se meten?

—Pedro—dijo el señor cura mirando atónito al muchacho—me admiro mucho de que, teniendo buen corazón, te complazcas en sacudir de continuo á tu hermano; te interesan las flores y no te duele pegarle á él.

—¡Toma!—repuso Perico;—es que él es un ladino, que si puede me *arrea* una pedrada, y se come lo mejor cuando merendamos juntos; y las hierbas no hacen nada de eso; y si no, ¿ve V. cómo no casco á mi hermana? Pues es porque no es terca, y en vez de quitarme las tajadas y dejarme los *güesos*, me da lo mejor. Pero este mosca muerta ha de ver V. si da que rascar. Dios me

libre de agua mansa, y me dé la que corre y hace ruido.

El resultado de aquella escena fué que Mariano no se atrevió á arrancar las hierbas altas que tenía su hermano muy contadas, pero que destruía las que empezaban á nacer, con un cuidado minucioso y maligno.

No asomaba una verde hojita sobre el oscuro pavimento del patio, que no fuese destruida por Mariano.

Al lado de aquellas hierbas trabajaban Celeste y su madre en la tarde de que voy hablando.

La jóven parecía sosegada y tranquila: sus ojos grandes y rasgados, de un azul tan puro como la flor de la hierba doncella, ora se inclinaban sobre su labor, ora miraban en torno suyo, sin que por eso dejase de mover sus delgados dedos con suma agilidad.

Vestia su traje de costumbre: basquiña y jubon de indiana, pañuelo blanco al cuello, y el cabello recogido en una larga aguja de cristal.

Sin embargo, á pesar de la tranquilidad de sus facciones encantadoras, su gracioso y casi infantil semblante había adelgazado de un modo harto visible, y á traves de la plácida resignacion que respiraban sus facciones, un observador inteligente hubiera visto en ellas la huella de un dolor mortal.

Aquella tierna y generosa naturaleza había recibido un golpe terrible en la tarde que Lorenzo, al salir de la cárcel, en vez de correr á ella, había pasado al otro lado de la calle sin mirarla siquiera.

Luégo le había áun esperado en vano: desde que pudo levantarse había pasado largas horas sentada al lado de

su ventana, siempre mirando al cortijo habitado por Lorenzo y su padre.

Una tarde recibió un golpe más rudo: vió bajar á Lorenzo y á la forastera por una senda que llevaba á un olivar que terminaba en una arboleda.

La señora se apoyaba en el brazo de Lorenzo con una actitud que, á pesar de su inocencia, fué un rayo de luz para Celeste; y como si esto no fuera bastante, vió de repente que Lorenzo inclinó la cabeza y estampó un tierno beso en la blanca mano que la forastera apoyaba lánguidamente en su brazo.

Desde aquel día Celeste dejó de esperar en su ventana; y aunque jamás sus padres le refirieron la escena de su visita al cortijo para sondear las intenciones de Lorenzo y su triste desengaño, la desgraciada niña comprendió demasiado lo que sucedía, y que ya no podía contar con ninguna ventura sobre la tierra.

Un día que Perico se hallaba á solas con ella, la dijo de repente:

—Mira, Celeste, tú quizás estarás echando sobre padre una culpa que no tiene.

—¡Yo! —exclamó Celeste sorprendida.

—Sí; tal vez piensas que Lorenzo, enojado porque le metió en la cárcel, no ha vuelto por acá; pues no hay tal; desde el día que llegó esa *lechuguina* de la ciudad, se prendó de ella.

—¿Desde el mismo día? —preguntó Celeste, en cuyo pobre y herido corazón se había deslizado la sospecha de que quizá Lorenzo se había buscado aquellos amores para distraerse de la ofensa que le había hecho el alcalde.

—Sí—repuso Perico—desde el mismo día; así lo dijo él á padre y á madre cuando fueron á preguntarle qué es lo que pensaba hacer.

—¡Qué! ¿han ido á hablarle?

—¡Yo lo creo! se *abajaron* hasta suplicarle, madre sobre todo.

—¡Ah! ¡pobres padres míos!—exclamó Celeste, dejando caer entre las manos su rostro lleno de lágrimas.

—Y nada bastó; se alabó de no tener más voluntad que la de esa mujer, y por lo que dijo han *caído* padres, y yo también, aunque soy tan bestia, que lo que pasó aquella tarde que yo le castigué, era buscado por él *patronar* contigo; pero ¿qué es eso? ¿no respondes? ¿estás mala?

—Pedro—respondió la jóven alzando penosamente la cabeza—mucho he llorado, mucho he cavilado en qué cosa podría haber ofendido á Lorenzo; mucho le he querido y le quiero aún: hoy conozco lo poco que valia, y no creo que hayan de valer mucho más que él los demás hombres; pero no importa, yo no quiero ya á la tierra, porque nada espero de ella; miraré desde hoy al cielo, de donde lo esperaré todo.

En efecto, Celeste desde aquel día pareció tranquila y resignada; volvió á sonreír, á coser, á peinarse, á cuidar de la casa, de la limpieza, del gallinero, del corral y de sus macetas: advertíase en su bello rostro un profundo sosiego; sólo que todas las tardes iba á la iglesia y rezaba con fervor durante una hora.

Su madre, admirada dolorosamente al ver los surcos

azulados que rodeaban los ojos de Celeste, le preguntó si dormía bien.

—Sí por cierto, madre—respondió ella.

Joaquina calló; pero á la noche siguiente, y á una hora avanzada, dejó su cama callandito y fué á asomarse por la cerradura del cuarto de su hija.

Celeste no dormía; la ventana abierta dejaba pasar los puros rayos de la luna y á su luz vió la madre á su hija medio desnuda y apoyada en la ventana: por la direccion de su cabeza, Joaquina, que era muy perspicaz, comprendió que miraba al cortijo de Bruno.

Allí permaneció largo rato.

Luégo se separó de la ventana y se dejó caer de rodillas ante una imágen del Crucificado, sollozando, y diciendo con voz tristísima y apagada:

—¡No me abandones, Dios mío! dame paciencia y valor.

Luego se acostó, y todo quedó en silencio; pero Joaquina ya no pudo cerrar los ojos en toda la noche, y al día siguiente dijo á Celeste:

—Hija mia, desde esta noche voy á dormir en tu cuarto.

—¿Por qué, madre?—preguntó la jóven admirada.

—Tengo gusto en ello; así cuidaré de tí, porque creo que no te arropas bien.

La jóven no respondió.

Desde aquel día se vió privada de aquellas dulces y amargas horas de meditacion y de recuerdos, que la mataban, es cierto, pero que eran las que mejor pasaba en su vida helada y sin objeto.

La presencia de su madre en el virginal dormitorio de la niña no atrajo el sueño sobre sus ojos: pasábase la noche en un perpétuo y doloroso insomnio, y ya que no podía durante la noche, se levantaba así que el alba derramaba su blanca luz, y se dirigía á la ventana del dormitorio de su padre, que se iba al campo desde muy temprano, para mirar al cortijo que encerraba todo lo que más amaba en el mundo.

Dos veces más vió durante las horas de aquella dolorosa observacion á Lorenzo; pero siempre iba con Enriqueta, entretenido en dulce y amorosa conversacion, y ni uno ni otra se acordaron de alzar los ojos para mirar á las ventanas de Celeste.

Ésta se retiró con los ojos llenos de lágrimas, pero delante de sus padres mostraba en su semblante una serenidad plácida y profunda.

Esta expresion era la que resaltaba en la fisonomía de la jóven la mañana en que volvemos á hallarla de nuevo en el fresco patio, perfumado con el aroma de la gran mata de reseda, y con algunas de albahaca, colocadas en limpias y humildes macetas de barro encarnado.

—Hija mia—dijo cariñosamente Joaquina—¿por qué no descansas ya? Deja la labor, que ya es hora.

—No me canso, madre—respondió Celeste suavemente;—y ademas, quiero acabar pronto estas medias á padre, para que tenga ese recuerdo mio.

—¡Un recuerdo tuyo!—repitió Joaquina;—¿pues no te tiene á tí? ¡Cualquiera, al oírte, pensaria que ibas á dejarnos! A Dios gracias, nunca sucederá eso, porque tú, hija mia, cerrarás nuestros ojos.

Una lágrima brotó de los párpados de Celeste, que no respondió nada; su madre prosiguió:

—Yo creo, hija mia, que ya estás buena casi del todo, ¿no es verdad? y tambien ménos triste que ántes.

—Es cierto, madre mia; ya estoy buena, y soy feliz.

—Para distraerte, quiero que vayamos dentro de tres dias á las fiestas de La Joyosa, y te compraré un vestido de percal azul, que siempre he deseado que tuvieras: se lo he dicho á tu padre, y me ha respondido: Pues, mujer, ¿no eres tú el ama de todo el dinero, y no sabes que, siendo para los chicos, todo me parece poco? Cómprale á Celeste lo que quieras.»

—¡Qué bueno es mi padre!—exclamó la jóven con los ojos llenos de lágrimas.—¡Qué buenos sois todos para mí! En cambio, yo sólo pesadumbres os he dado, y aún me falta que daros la mayor.

—¿Qué dices?—preguntó Joaquina, porque su hija habia hablado tan bajo que apenas habia oído sus últimas palabras.

—Digo, madre mia, que irémos á la fiesta de La Joyosa, y comprarémos el vestido azul.

—Y le coserás al momento, ¿verdad?

—Sí, señora.

—Con ese traje y el pañuelo nuevo de muselina bordado, estarás hecha una imágen.

Joaquina, alegre ya y tranquila acerca del estado moral de su hija, se levantó para ir á dar una vuelta al fogon, y la jóven, no bien se hubo levantado, se enjugó furtivamente dos lágrimas, que, desprendidas de sus ojos, iban á caer sobre su labor.

—¡Ah, pobres padres míos!—exclamó;—vosotros mereciais que yo viviera para cuidaros en vuestros últimos años y pagaros tanto cariño, pero yo no puedo vivir sin él.

Ocultó su semblante entre las manos, y prorumpió en sollozos, que en vano trataba de contener.

—Celeste—dijo de pronto una voz juvenil con el acento de la tristeza y del asombro.

La jóven levantó la cabeza y vió en la puerta á su hermano Pedro.

Una sonrisa quiso dibujarse en los pálidos labios de la jóven al mirar á su hermano; pero éste meció tristemente la cabeza, y le dijo:

—Mira, hermana, no te canses en fingir conmigo, porque ya no me engañarás.

—Tienes razon—repuso la jóven, cuyas facciones volvieron á tomar su expresion desolada y triste;—¿para qué he de fingir contigo? Vén á sentarte aquí, á mi lado, que tenemos que hablar.

Pedro dejó en el suelo la azada que llevaba al hombro, y se sentó en el suelo al lado de su hermana.

XVII.

LÁGRIMAS.

Celeste dejó su labor sobre las rodillas y tomó entre sus manecitas, blancas y abrasadas por la fiebre, la mano ennegrecida y callosa de su hermano.

Luégo le miró durante algunos instantes con dulce y tiernísima expresion, y le habló de esta suerte:

—Pedro, tú eres ya un hombre y puedo abrirte con fiadamente mi corazon, ¿no es verdad?

—Sí—respondió el muchacho;—dime lo que quieras, y de mi pecho no saldrá.

—Pues bien, Pedro; quiero que seas, ademas de mi hermano, mi amigo, y decirte lo que á nadie en el mundo puedo decir; que me voy á morir muy pronto.

Celeste pronunció estas palabras con una sencillez tan perfecta y tanta conviccion, que Pedro se estremeció; porque ya sabemos que, á pesar de su fortaleza aparente, estaba dotado del más sensible corazon.

—Ya ves—continuó la jóven—que esto no lo puedo decir á nuestros padres, porque se affigirian demasiado; bastantes sentimientos les he dado en este mundo, y bien sabe Dios que sólo por ellos quisiera vivir..... pero no puedo.

—¡Quién sabe!—exclamó Pedro;—ya estás mejor, hermana mia, y tal vez estarás muy pronto buena y alegre.

—Buena y alegre estoy ahora, Pedro—repuso la jóven—ó á lo ménos mi cuerpo se halla bueno; estoy alegre, porque voy al cielo; lo que está enfermo y herido de muerte es mi corazon.

—¡Cómo! ¡áun piensas en Lorenzo!—exclamó Pedro, soltando con un impetuoso é involuntario movimiento la mano que Celeste tenia entre las suyas.

—Sí—respondió la jóven;—pienso en él siempre, sin cesar; yo quisiera remediarlo..... pero no puedo.